

EPIFONEMA

Rafael Benjumea Burín, conde de Guadalhorce

Por Dr. J. TORAN, I.C.C.P.

El destino debió encarar a los hados concitar las circunstancias mágicas que imprimen carácter a un creador. Rafael, nombre de arcángel, medicina de Dios, nació en Sevilla. En el mismo año vieron luz en Andalucía la baja (donde no hay iglesia más antigua que Santa Rosa de Lima), Falla traído por los vientos de la Atlántida, y Machado, la onda fluvial que cede el Guadalquivir contra la inspiración de las riberas secarradas de Castilla. Amigos, colegas, estudiosos, han dicho mucho y pueden añadir —el tema bien lo merece—, matices sobre la personalidad multifacética de un ingeniero e ingenioso. Fue hombre polivalente que cubrió su tranco por la vida con estilo apasionado y auténtico, cual cuadra al héroe.

El orden teológico de las cosas es indudablemente geométrico, también cifrado, el problema radica en encontrar las matrices determinantes de algoritmos y componentes del vector creativo. En tanto que ingeniero civil he de respetar el orden de la razón pública para el cual Descartes es permanente director general de seguridad, pero pienso que la razón cartesiana, incluso acentuada por la razón vital, es insuficiente para interpretar la convergencia de acontecimientos estelares en cualquier universo, micro o macromundo. En el mismo año en que Rafael Benjumea emerge de una familia burguesa y sevillana, se presenta ante la vida en la antipodia hispánica Francisco Cambó. Hay que buscar razón o simplemente justificación esotérica en esta coincidencia que aporta al Gobierno de España los últimos y más brillantes regentes del gran Ministerio de Fomento; Benjumea nunca tuvo un céntimo y a Cambó nunca le faltó un duro. No voy a cruzar el borde evocativo de la antología comparada, pues el propósito necesariamente vertebral es: Fomento y su intérprete Benjumea.

Por sinceridad ante el héroe que glosó he de reiterar un principio que en los anexos a este número extraordinario de la REVISTA DE OBRAS PUBLICAS ya está expuesto; el Ministerio de Fomento fue una de las pocas, estupendas, concepciones de la Administración española en el conflictivo siglo pasado. Culmina con Guadalhorce el concepto fomento, después se traspassa la génesis de la obra pública desde la individualidad polivalente, amante, socializante, a la centralización socialista del poder apoyado sobre el colectivismo administrativo.

Sería difícil encontrar mejor slogan, más agresivo, para justificar la postura de Rafael Benjumea en la historia de España, que la fórmula callejera de los estudiantes inermes en el París del 68: "La imaginación al poder". Las obras públicas burocratizadas son un lento instrumento —lento fue D. Carlos Marx— para atender con calor las necesidades del pueblo. El Fomento imaginativo acelerado es, por principio estímulo socializante. El dilema está claro: inspiración o expediente.

Rafael Benjumea llegó al mundo iluminado, cuando la Humanidad atravesaba crisis profundas. Ya había una nueva constitución, acababa de reinstaurarse la Monarquía, el orden secular; el primer Concilio Vaticano arraigaba sus razones y una nueva sustancia social aparecía en escena, el pueblo. Estas y muchas más connotaciones podrían configurar la formación de quien, en primera instancia, hay que cali-

ficar como profundo amator. Rafael Benjumea supo querer a su madre y a las mujeres, admirar a su esposa, a los pájaros, a las flores, a la belleza del Cosmos. Cabe decir que en Sevilla el alma se impregna de panteísmo. En Andalucía, la tierra de promisión, soplaban cuando Rafael Benjumea nació, vientos de origen remoto provenientes de un mundo nuevo —“senso lato”— de nuevas entendederas del quehacer público y del menester diario.

Es propicio el vesperio, cuando inmerso en una colectividad, al menos transitoriamente ingrata, para dejarse alucinar por las variables esotéricas que determinan la función humana. Los tiempos se mueven y los días fluyen a lo largo y a lo ancho de nuevos horizontes y amplios, pero vacíos, panoramas. Hay que centrar la vista en un punto cardinal, en el minarete propicio o en la aguja panorámica, para trazar los caminos (ingenieros de caminos somos) de la vida. El buen, ya viejo, y prudente profesor don Pablo Fernández Quintana, algo mayor que don Rafael, me explicó un día, para frenar juveniles violencias matemáticas, que en la Escuela de Ingenieros de Caminos no debían entrar las funciones de variable compleja. Don Pablito, solo y tierno, gustaba lanzar prédicas a sus alumnos a través de las verjas y frondas del hotelito desvencijado y romántico de la calle O'Donnell, en donde vivía. Este consejo me fuerza hoy, sin prejuicio de la perspectiva que los años traen, a la disciplina de eludir las funciones de variable esotérica, pese a que probablemente fuesen las que animaron siempre la acción de un hombre heroico, por responder en la tragedia ante sí mismo, siempre movido por el afán creativo. En consecuencia rectilínea, don Pablo suspendió a una aspirante al ingreso en la Escuela —ella mona, pero gordita— con una pregunta: “¿Cómo se pondría usted un traje rayado para parecer más esbelta?”. La niña contestó: “En horizontal”, y don Pablo replicó: “Kodak ya sabe que en vertical, y los ingenieros de Caminos, los que tienen que entender de esfuerzos constantes, de tensiones superficiales, tanto trama de tela como corte en el vestido, han de armarse al bies”. Esta anécdota divertiría mucho a don Rafael, que bien conocía de las magníficas excentricidades del genial don Pablo.

Es imposible evocar la hombría ingenieril, hidalga y —por méritos de razón— aristocrática de Guadalhorce sin aludir a personalidades permanentes, pues coincide el apogeo de quien, ministro y auténtico dictador, dictaba de verdad, con la eclosión del surrealismo (aquí he de citar a Salvador Dalí cuando, en un ático cercano a la plaza de Luxemburgo, vestía, según él, de Purísima Concepción por su casaca azul celeste y una gorra de plato, orlada de estrellas). Naturalmente, vienen a la memoria, concurrentes en el tiempo con el ápice Benjumea, muchos hombres líricos cuando, entre poesía e imaginación, el señor ministro urdía la infraestructura, el auténtico surrealismo vertebral y telúrico, el único moderno y antiguo mensaje de la civilización que se renueva gracias a sus caminos, canales, puertos y fanales. Son las vías de la Ingeniería con su componente transversal y popular, la belleza, las que deciden, gracias a Guadalhorce, un futuro trascendente para España.

La obra de Guadalhorce que ahora evocamos es bien conocida y está poligráficamente analizada. En cualquier caso su rastro permanece indeleble, pues fue hombre capaz de firmar sobre el mapa de España. Vías, canales, carriles, puertos y presas son partidas siempre vigentes del activo real de la nación. Sólo se puede añadir a la visión de su obra, limitada por las fronteras nacionales, una síntesis de conceptos permanentes en su fogosidad creativa y una extrapolación no subrayada por sus comentaristas.

La síntesis en su acción nacional se resume así:

1. Acertar en añadir a la argamasa, que proporciona perennidad a la obra pública, ingredientes activistas, belleza y entusiasmo. Son los "anises" del espíritu que engolosinan al pueblo cuando éste merece la obra y decide alentar a su creador.
2. Ver la Península como un incidente cósmico, un raigón telúrico, gozne paleográfico entre Laurasia y Gondwana, y entender el desafío fisiográfico, geológico, del mapa nacional para ordenar aguas y mover carromatos. El mapa, sólo con la perspectiva capaz de captar una entidad geográfica, a veces confusa, pero permanente, se puede comprender.
3. Entender que el hombre es consecuencia de un microcosmos inmediato, luego el ayuntamiento constructivo y operativo con sus semejantes sólo se alcanza por la vía sindical, la comunidad de intereses. (Remitiendo este concepto a la figura más conocida de la obra de Guadalhorce: las Confederaciones, la entrega de la administración de las aguas a comunidades pluralistas se aclara un propósito general extendido, en función fomento, a puertos, bosques, vialidades e, incluso, ferrocarriles.)

Don Rafael Benjumea supo ahondar en las entrañas geológicas de la unidad peninsular y aceptar que los pueblos son diversos, en función de su contorno definido poco más allá del alcance desde el ventano, pero capaces de recoger potencia por la comunidad de intereses sobre los recursos materiales o la acción pública de sus soldados ingenieros.

Benjumea nació en la capital de España sin fronteras: Sevilla. Seguramente nació su cuna la misma nana secular que inspiró a los conquistadores y a Camoens "Os Lusíadas". Las musas del Guadalquivir tienen más empaque y violencia que las tagides, las náyades del Tajo, mozas nacidas en mi tierra, los Montes Universales. Guadalhorce se lanzó inspirado, después de oler mucha biznaga malagueña, a cruzar hidráulicamente la raya portuguesa. Alentó la sugerencia del gigante Orbeago en relación con el cañón del Duero (es probable que sobre la faz de la tierra no exista fenómeno geomorfológico más original y único que la hendidura del Duero "entrañando" el cratón hespérico), y ello significa una anticipación a escala mundial en el problema de las aguas internacionales que se planteó hace más de ciento cincuenta años en el Congreso de Viena y sigue sin solución definitiva.

No quedarían las cosas en un mero cruce de la fraternal frontera hespérica, que se desvirtúa ante comunes intereses hidrográficos. Tenía Benjumea que cruzar, además, el Atlántico; así lo exigía su estilo sevillano para llevar azulejos y belleza atildando obra pública al "metro" de Buenos Aires. Los principios estéticos que rigen un subterráneo ya fueron previstos por Ramsés hace decenas de siglos. Los ámbitos cerrados exigen belleza; el hombre ha de aportar lo que el cielo ya no otorga. La teoría de la belleza subterránea nos llevaría a una digresión extemporánea, pero, no hay duda: desde el templo de Abu-Simbel, de Ramsés, Nilo ayuso, hasta la "gare du Metro" del Louvre, en París, decorada con réplicas del gran museo, han pasado cuarenta siglos de zozobra del hombre sin cielo. Al conde de Guadalhorce le costaron: esfuerzo técnico, afán creativo, disgustos, dineros, líos y pleitos llevar a Buenos Aires comunicación y belleza subterráneas, a la española, para compensar las necesidades utilitarias del paseo mañanero bajo el jacarandá en flor.